

# “SOY UN BICHO RARO”: REFLEXIONES DE LA ESCRITORA CUBANA GLEYVIS CORO MONTANET SOBRE SEXUALIDAD, POLÍTICA Y POESÍA

*“I am a Strange Creature”: Reflexions of the Cuban Writer Gleyvis Coro Montanet on Sexuality, Politics and Poetry*

MONICA SIMAL  
PROVIDENCE COLLEGE  
MSIMAL@PROVIDENCE.EDU  
ORCID: 0000-0002-1855-8788

SARAH DOWNEY  
PROVIDENCE COLLEGE  
SDOWNEY1@FRIARS.PROVIDENCE.EDU  
ORCID: 0009-0001-1694-8299

DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/mitologias.1027>  
vol. 30 | 2024 | 247-257

Recibido: 14/01/2024 | Aceptado: 29/02/2024 | Publicado: 12/07/2024

Gleyvis Coro Montanet (Pinar del Río, Cuba, 1974) es una poeta, narradora, profesora y dentista cubana radicada desde hace 14 años en España. Entre sus libros se encuentran: *Con los pies en las nubes* (1998), *Cantares de Novo-Hem* (1999), *Escribir en la piedra* (2000), *Poemas briosos* (2003), *Lejos de Casa. Memoria lírica del problema cubano* (2018), *Mujer, aparta de mí ese Smartphone: Poesía tradicional tamizada con emojis* (2020), *Cien días en cuarentena: (poemas sobre el coronavirus)* (2020), y *Concierto mambí* (2022). Escribió además una novela, *La Burbuja*, que recibió el Premio Novela Cirilo Villaverde de la UNEAC en el 2006; y el de la Crítica al año siguiente, en Cuba. Cuenta con una obra de teatro, *Troya Tropical* (2021) y varios cuentos.

En general, su obra se caracteriza por expresar una resistencia a lo tradicionalmente designado como femenino. Sus versos, en particular, aspiran a una futuridad que apueste por la verdadera igualdad de género. Aprovechando las infinitas posibilidades que brinda lo poético, sus poemas responden de manera visceral a la situación política, social y económica que se vive en Cuba.

El consumo instantáneo que le permite a la autora la era digital hace que su poesía en los últimos años esté condicionada a una estética mucho más inmediata, con más impacto, sin que por ello se reduzca su potencial estético-literario y la multiplicidad de lecturas que propicia. Los poemas que comienza a publicar en Facebook a partir del 2021 aparecen en muchas ocasiones acompañados de fotografías, caricaturas, y otros tipos de imágenes.

A partir de esta combinación de imágenes y textos, que hacen referencia directa a la situación de los presos políticos cubanos, Gleyvis plantea una relectura de las ideas sobre las gestas independentistas cubanas del siglo XIX. Vacía y redefine el mito martiano, además de otros símbolos patrios, con el objetivo de apoyar el derecho a disentir de un pueblo oprimido bajo una dictadura de más de sesenta años.

En la siguiente entrevista, Gleyvis nos cuenta cómo fue su vida en Cuba, y cómo vive su condición como inmigrante cubana en España. Además de las reflexiones políticas que hace, nos habla sin tapujos sobre su sexualidad y las dinámicas de género que ha tenido que enfrentar, y cómo ha volcado todo esto en su obra. Con esta conversación que aquí publicamos, hemos querido honrar y reconocer a una de las voces poéticas más destacadas de su generación.

## **Sarah Downey:**

Eres una escritora que ha trabajado el tema del feminismo y la sexualidad con bastante recurrencia, a través de enfoques muy desinhibidos, confrontativos, valientes. ¿Cómo influye tu historia personal en estos acercamientos? ¿Cómo han afectado la sociedad y el sistema político cubanos la expresión de tu sexualidad? ¿Cómo enfrentaste la homofobia?”

## **Gleyvis Coro Montanet:**

Creo que yo no tuve clara una definición sexual hasta bien entrada en años. Yo vivía enamoramientos platónicos que cursaban como admiración hacia alguna figura pública, de las artes, de las ciencias, etcétera. Tal vez era auto-represión. Pero no pasaba de ahí: de ese amor idílico que se alimentaba, quizás, de mi educación. Tuve una educación familiar donde pesaba más la casa que la escuela. Yo era una muchacha que venía de un hogar cerrado, de un entorno religioso, con rasgos familiares y culturales propios de una zona de provincia: no una capital, era un suburbio.

Las cosas allí pasaban muy lentamente: los tiempos no evolucionaban y los procesos no iban al ritmo de la época jamás. Ni siquiera el país como un todo, Cuba, había evolucionado al ritmo del resto del mundo. Cuba se había estancado en un proceso mal llamado revolucionario que la encapsuló social y culturalmente. Encima, era una isla, rodeada de agua por todas partes y enemistada con sus vecinos por la política. Y toda esa geopolítica impedía que los cambios nos alcanzaran. Así que ni por ósmosis ni por las fronteras llegaban a Cuba las nuevas ideas que calaban en el mundo desde la mejora de los electrodomésticos hasta la interpretación del género como algo fluido. Tampoco tuvimos acceso total a Internet hasta hace... no sé... ¿cinco años? Y yo, como la mayoría de mis compatriotas, vivía fuera del planeta.

Por eso mismo me veo como una figura social muy atrasada, con mucho tiempo perdido a cuestas, lenta para la incorporación de las nuevas concepciones y progresos en lo social, en lo tecnológico y en lo sexual. Y no fue hasta los 35 años que empecé a fijarme en la figura femenina de una manera no platónica.

Con las relaciones sexuales fui más tardía aún. Te puedo decir que hasta los 40 y pico no tuve una relación sexual satisfactoria o sin complejos; por miedo, por tabúes, por la vergüenza que me producía aquello de desear y expresarlo. No es una cosa que me enorgullezca decirlo, pero es la realidad.

De todas maneras, y pasado todo este tiempo, te digo que todavía no estoy clara de qué orientación sexual yo tengo. O no estoy del todo clara. O sea, la definición sexual es para mí algo muy al margen, que no necesito para vivir. Creo que me enamoro de las almas, de los cerebros, de las proyecciones de las personas, de lo que me dicen. Durante mucho tiempo pensé que era asexual. Ahora creo que estoy en ese límite entre la mujer que puede amar a otra mujer y que puede vivir, perfectamente, sin sexo.

La relación de pareja tiene cuestiones implícitas que no son, estrictamente, sexuales. Hay cuestiones de amor romántico, de complementación de una persona por otra, de regocijos absolutos en múltiples esferas. Y eso es lo maravilloso. Eso, para mí, es la verdadera relación amorosa.

Sé que es una cosa bastante difícil de asimilar lo que te estoy diciendo, bastante compleja y que cualquiera puede decir de mí: “ella es un bicho raro”. Pues sí, soy un bicho raro. Soy parte de esa diferencia que puede existir en el mundo y que solo ahora se manifiesta libremente, gracias a las revoluciones sexuales y a la creciente acogida de las disímiles manifestaciones y orientaciones sexuales.

Hoy vemos, con mayor naturalidad, que no todo el mundo tenga una sexualidad al uso u homogénea. Que no todo el mundo exprese su sexualidad o su orientación de la misma manera. Y que sea comprendida como una cosa líquida: que un día está en un punto y mañana en otro, ni siquiera por fases, sino como un todo que depende, más que de una misma, del contrato de pareja que se establece.

Mi enfrentamiento de la homofobia dentro de Cuba fue un fracaso total. Yo soy una muchacha de campo, de provincia: soy una guajirita cubana. Defiendo mucho mi etiqueta de guajira porque retrata mi atraso, pero también define mucha pureza y mucha ingenuidad bien vivida y disfrutada.

Para mí fue fatal enfrentar la homofobia —y te voy a responder mezclando esta pregunta con la otra, ya que mi enfrentamiento de la homofobia está muy afectado por el sistema político cubano. Yo vivía en un sistema político de lo más adverso.

Al triunfar la Revolución Cubana se dijo que las mujeres íbamos a tener igual consideración que los hombres, que sería un sistema para los humildes, por los humildes; un sistema que iba a acoger a todas las personas desplazadas y abusadas por los viejos gobiernos, que superaríamos el capitalismo feroz, la república mediatizada, las intervenciones norteamericanas y demás. Pero la revolución terminó decepcionando a todos, siendo un movimiento heteropatriarcal, homófobo, extremadamente machista. Y más que machista: machirulo.

Ese perfil de hombre con barba, pelo en pecho, gestos groseros u hoscos fue el que preponderó y el que tuvo acceso a los principales estamentos de poder. Y fue el hombre revolucionario, guerrillero, barbudo y machista el que sentó las bases de la cultura y las relaciones de género en mi país.

La mujer fue la mucama, la que apoyaba al héroe, la que le facilitaba el ascenso, la que realizaba el trabajo doméstico y se confirmaba como paridora y como ama de casa.

Indiscutiblemente, la revolución le trajo a la mujer la posibilidad de trabajo/estudio y una paga salarial más o menos equivalente a la del hombre; pero el resultado final fue, a la larga, una manipulación bastante grande. Una estrategia más interesada en conseguir fuerza de trabajo extra para el beneficio prioritario del gobierno. Porque con las reivindicaciones de calado, con los cambios profundos que había que hacer para empoderar a la mujer, se esforzaron muy poco. Y nuevamente nos vimos a la zaga.

De hecho, hoy en día, 17 de agosto de 2023, la mujer cubana tiene un sinnúmero de problemas sin resolver: problemas de machismo y problemas de violencia de género permanecen solapados, no publicados, no conversados. Y siguen estando presentes en zonas citadinas y rurales.

La homofobia se manifestó más con el homosexual masculino. Con la mujer homosexual no fue tan manifiesta, pero también fue muy de closet. El homosexual masculino, que se expresaba mediante estereotipos femeninos, sufría un rechazo total: los recogían en jaulas rodantes, los metían en campos de concentración, los agredían continuamente.

Las pocas lesbianas u homodudosas que se atrevieron a expresarse también fueron recluidas o apesadas. Tenemos historias de mujeres a las que les aplicaron terapias de electroshocks. Está Ana María Simo, cuya historia puede conocerse en el documental *Conducta Impropia* (1984). Hay mujeres que fueron violentadas y que todavía hoy no quieren hablar del tema. No dan visibilidad a sus historias por temor al régimen. Yo no me atrevo a hablar por ninguna de ellas cuyas obras poéticas, plásticas y musicales aprecio, pero sabemos que fueron llevadas a hospitales psiquiátricos, interrogadas y expulsadas de sus trabajos y hogares por su orientación sexual. Y sabemos de muchísimos casos.

Se conocen los de las mujeres de la cultura, porque había una suerte de foco sobre ellas, por las características propias de la figura cultural: más mediáticas, más expansivas, más dadas a explicitar sus sentimientos, su razón de ser, sus problemas.

Pero hay una zona agazapada, totalmente bloqueada, ninguneada, que es la de la lesbiana en las diversas esferas del quehacer cubano. Y estoy hablando de las ciencias, por ejemplo. Estoy hablando de la técnica, de los oficios o del magisterio donde hubo y hay muchísimas maestras lesbianas que tienen que vivir en la negación de sí mismas, con sumo cuidado de que su mal llamado “estigma” no se les note.

Para una mujer cubana es parte de su idiosincrasia no expresarse de un modo que no sea absolutamente femenino, porque hasta una gestualidad que no resulte delicada puede quitarle oportunidades, generar críticas y pueden ser removidas de sus puestos o de sus centros de trabajo, por ofrecer una “mala imagen”.

Eso es algo que se vivía y que se ha vivido siempre allí. Y que proviene de la estigmatización y la desmoralización de la mujer heterosexual en Cuba. Hemos sido tan menospreciadas, como heterosexuales incluso, que ni siquiera nos hemos podido expresar, con libertad, sobre las reivindicaciones y las carencias de género.

Imagina, entonces, hasta dónde puede llegar el grado de discriminación contra la manifestación pública de la diferencia en Cuba, cuando la expresión diversa dentro de lo entendido como “normalidad” también se nos niega.

Y me explico mejor: si eres mujer en Cuba y aspiras a progresar dentro de tu ámbito, el que sea, tienes que pararte y sentarte bien, tienes que ponerte faldas, tienes que maquillarte, tienes que llevar el pelo largo, tienes que ser madre de familia, hogareña, etcétera; porque todo lo que se escape de ese estereotipo te perjudicará de alguna forma.

Incluso, el estereotipo de la cubana militar tampoco admite concesiones feministas: el logotipo de la federación de mujeres cubanas es el de una miliciana lánguida, bellísima, blanquísima, de pelo lacio, con un fusil, pero con un bebé a cuestas: como una virgencita de izquierdas.

¿Te das cuenta? Se traspoló, completamente, la imagen mariana a la miliciana —pero no la Mariana Grajales negra, madre de los Maceo, por mucho que se embutiera en el slogan—. No. La imagen que selló el culto visual revolucionario fue la de una Santa María revolucionaria.

Un trasunto total. Tomado del machismo más antiguo —el bíblico— y vaciado en una iconografía de andar por casa: vistieron a la virgen de miliciana y le pusieron una escopeta al hombro para que la mujer siguiera siendo la esclavizada, la paridora, la doméstica, la mantenedora de la casa, la

primera y única responsable de todas las ollas arroceras que mandó a comprar Fidel Castro. Y, finalmente, la pluriempleada, porque al trabajo doméstico —cada vez más falto de suministros— se le añadió el trabajar con el Estado, para todo el honor y la gloria de aquel dios barbudo.

Por supuesto, yo tuve muchos problemas con todo aquello. Me costaba asimilarlo. Y como no podía expresarme abiertamente en ningún lugar, me refugié en la literatura. Que fue y es mi válvula de escape. Pero más que poesía valiente, hice poesía sarcástica, y más que desinhibición, expresé mi rabia; hasta donde pude, claro.

## **Sarah Downey:**

Dices, especialmente en tu poemario *Lejos de casa*, que participaste en las acciones de la izquierda como una manera de comer en Cuba, de sobrevivir. ¿Cómo ha cambiado tu perspectiva política desde que te fuiste de Cuba? Y también, ¿cómo crees que tu perspectiva como autora cubana que creció en la isla es diferente a la perspectiva de las autoras que han crecido fuera y que no han vivido ahí la realidad, pero que también escriben sobre Cuba?

## **Gleyvis Coro Montanet:**

En las dictaduras todos tenemos que comulgar de alguna manera con lo sucio. Se puede ir desde lo más simple hasta lo más inescrupuloso. Lo más frecuente es callarse. Para una persona hablantina como yo, callarse es un martirio. Callar, suavizar el tono de un artículo fueron las cosas que hice para mantener mi empleo y sobrevivir. ¿Pero era una intelectual de izquierdas? No. Todo aquello me asfixiaba.

Ya viviendo fuera comprendo, además, que mi rechazo al comunismo y a los programas de izquierda no era auténtico, sino reactivo. Que no era libre elección, sino asco, decepción y rabia, por las agresiones que recibía. Que mis circunstancias me convirtieron en una persona de derechas que, en otra situación, no habría sido.

Yo me acostumbré a reaccionar contra ese pensamiento socialista o de izquierda, porque lo interpretaba como una manipulación burda, una mentira para que los miembros de una familia de mafiosos se mantuviesen en el poder y, alrededor de ellos, se mantuviesen todos los que todavía sostienen aquello, sus secuaces.

Entonces, cuando escapo a España, encuentro un país que flota en el bipartidismo. O sea, su gobierno está unas veces en la izquierda rosa y otras en la derecha azul de Prusia. Y noto que a ambos lados del espectro están esos grandes problemas que son el extremo izquierdo —del que yo creí huir— y el extremo derecho.

A mí, grupos o partidos como Podemos me parecen enormemente inadecuados, impropios, manipuladores. En pleno siglo XXI y apoyando dictaduras como la venezolana y la cubana, dan asco. Pero grupos o partidos como Vox también me parecen absolutos indigentes, en medio del mismo siglo XXI.

Entonces, en España está ese vacío de centro donde, espantada de todo, yo me ubicaría. Y al no encontrarlo me siento muy perdida. ¿A qué me afilio? ¿O por quién voto, simplemente, sin tener que afiliarme a nada? ¿Por quién voto?

Y aquí, a la vez, hay una reflexión junto a una toma de conciencia: comienzo a entender que en ese voto mío tiene que estar, también, la astucia de notar cómo reaccionan estos grupos políticos a la persona que soy: lesbiana, emigrante, mujer. Y aunque no me afectan otros elementos como ser negra o cualquier otra condición de discriminación, esos son factores que también tienen que importarme a la hora de votar. Porque cuando cuestiones tan estúpidas como una simple diferencia que no se elige, ni daña a nadie, pesan

tanto en una sociedad, todos estamos bajo la misma amenaza. Expuestos a que personas del poder político en los citados extremos puedan discriminarnos y avasallarnos como lo han hecho en Cuba.

Viviendo o viniendo de todos los sacrificios y de todos los martirios que sufrí por la extrema izquierda cubana —considerando que lo de Cuba sea extrema izquierda, que tampoco—, viniendo de donde vengo, mi alternativa política acá ha sido la de buscar un centro equilibrado, pero valorando mucho, y agradeciendo muchísimo, las políticas que la izquierda ha aplicado en este país, las políticas que los gobiernos socialistas se han permitido implementar: leyes como el matrimonio igualitario; la acogida de emigrantes en situación de guerra o crisis de cualquier índole, la Ley de Memoria Democrática, que le ha dado casa y futuro a tantos cubanos y sudamericanos.

En España, estamos saliendo de años de sofocamiento por cuestiones de homofobia, bifobia, racismo, xenofobia y estamos llegando a la asimilación de las problemáticas del universo trans, que eran —o que siguen siendo— totalmente desconocidas por muchos.

Son movimientos aperturistas necesarios y ojalá que en cada uno de ellos existiera el ánimo y el personal con la suficiente preparación y clarividencia para llevarlos a buen puerto, porque casi siempre en estas temáticas, aunque haya muy buenas intenciones, hay muy poca o muy mala educación para enfrentarlas. Y hay muy poca cultura sobre cómo llevar estas reivindicaciones por los mejores caminos.

Pero, en el peor de los casos, todos estos temas hablan de progreso y disparan mis perspectivas y me acercan a ese mundo moderno y mejor amueblado del que tan lejos nací, y del que, por desgracia, mis compatriotas residentes en Cuba se alejan cada día más.

Sobre las perspectivas de los que escriben desde fuera o dentro de Cuba, me parece que el dolor de todos es igual estando dentro que afuera.

El que está dentro sufre el vasallaje, la tiranía del régimen y de sus acólitos y un riesgo mucho mayor. Y el que está fuera también sufre, porque tiene su familia allí o sus raíces, su pasado, su infancia, su adolescencia, su primer amor: son cosas inolvidables para una persona.

Ahora, desde el punto de vista de la opinión, nosotros los cubanos tenemos ya un progreso notable: todos estamos muy claros de la situación actual. Todos.

Después del 11 de julio ha habido una cohesión de criterio y una unión increíble en el estado de opinión del pueblo de Cuba: el de adentro y el de afuera. Todos muy claros de que aquello es una dictadura, de que hay una dictadura militar que ataca al de adentro y al de afuera: impone gravámenes, amenaza, tiene miles de presos políticos y atenta contra la vida. Y ese pequeño avance hay que reconocerlo, porque ha costado mucho sufrimiento llegar hasta aquí.

## **Sarah Downey:**

¿Qué crees del cubano o cubana que cuando piensa en Cuba, percibe su pasado o su niñez desde una perspectiva o mirada idealizada? ¿Es algo peligroso? ¿O es algo bonito (por decirlo de alguna manera)?

## **Gleyvis Coro Montanet:**

Mira, tiene de ambas cosas. Yo idealizo mucho. Es mi sensibilidad. Tampoco puedo separarme de algo que define mi condición de poeta: sentir de una manera más pronunciada. Cuando tengo que expresarme en un poema en verso o en prosa toda esa nostalgia fluye. Esa nostalgia para escribir es maravillosa. Para lo que quizás no es tan buena es para despegar los pies de las nubes, porque tenemos que darnos cuenta de que nuestro pasado ni fue idílico, ni perfecto, ni siquiera bueno. Que estos polvos vienen de aquellos lodos; que la situación actual viene de momentos en que fuimos, también, insensibles, y no auscultamos la realidad del pueblo ni percibimos la cara real de un gobierno que fue haciéndose cada vez más tiránico, hasta llegar a los extremos en que nos encontramos.

Lo digo así porque yo me he dado cuenta, paso a paso, pero hay personas que, desde los mismos inicios del castrismo, ya en 1959, no transaron con aquellas ideas y fueron destrozadas. Está el caso de Pedro Luis Boitel, de los primeros plantados, los casos de las primeras presas plantadas también, de personas a las que se les incautó o nacionalizaron sus bienes sin ninguna razón ni retribución, sin justificación económica ni cívica, que fueron lesionados, heridos; personas que se fusilaron sin causa ni juicio, al amparo de aquella frase macabra del Che Guevara: “Sí, en Cuba se fusila; estamos fusilando y seguiremos fusilando”.

Tan solo eso muestra una arbitrariedad, una falta de ética, de humanismo y un nivel de criminalidad extrema. ¿Por qué no reaccionamos, en masa, contra aquello o contra los presos ahora? Es lo no bonito y lo más peligroso e insano de nuestra historia: ese complot con la injusticia.

## **Monica Simal:**

¿Crees que tu estilo de escritura ha cambiado?

## **Gleyvis Coro Montanet:**

¡Qué pregunta! Mira, yo escribo con mi cabeza de ahora. Y mi cabeza de ahora ha paseado, ha leído y observado con libertad, ha tenido más vivencias. Quiero pensar que siempre escribo mejor. Que el rigor en la sintaxis va mejorando cada día. Que la capacidad de decir las cosas con claridad (me parece que es algo que he cultivado) cada vez es más evidente.

Ya puedo escribir mejor sobre lo que me duele. Antes apenas; el dolor me nublaba, me cegaba, no llegaba, no me cabía en la sintaxis, no bajaba a la oración; se me trababa aquí, en la cabeza o en la garganta el dolor, y no podía. Ahora, ya al filo de los cincuenta casi, ese dolor está bajando, y está bajando cada vez de manera más frecuente y sencilla a la hora de expresarlo. Y creo que eso es una ganancia. Tengo una ganancia de vida.

Pero también regreso, con muchísima satisfacción, a mis primeros libros. Cuando releo los primeros libros que publiqué en Cuba veo que hay una buena sintaxis allí; que hay un buen trabajo de la idea, del pensamiento, de la metáfora. Y me gustan también ese pasado y mi cabeza de antes.

## **Monica Simal:**

¿Cómo empezaste a escribir? ¿Comenzaste desde pequeña?

## **Gleyvis Coro Montanet:**

Sí, yo desde muy pequeña. Creo que tan pronto como pude empatar una vocal con una consonante comencé a escribir. Hago literatura desde que comencé a escribir. Primero hice un cuento; creo que era de un dinosaurio. Parece que trabajando la ciencia ficción, o una cuerda un poco más fantástica. Y bueno, ya después leía mucho poema rimado en mi infancia; al principio me los leía mi abuela, que me influenció muchísimo.

El ritmo cubano también es clave. Yo vengo de una madre pianista, una mujer con mucho ritmo. Y en la poesía el ritmo es algo que se agradece y que cuesta tenerlo cuando no lo has bebido desde la cuna. Yo, por suerte, lo bebí desde la cuna. Aunque también pienso que está en los genes. Vengo de una familia campesina-guajira, repentista, decimista: casi toda mi familia, por parte paterna, personas a las que ni siquiera conozco, trabajaba la décima, que es una estructura poética que llegó a Cuba desde Canarias, y que en Cuba ha encontrado una expresión multitudinaria, sobre todo en su población rural.

También la décima ha servido para la crítica social, para la sátira, para la broma, el humor cubano se ha apoyado mucho en esto. Y mi obra o mi escritura son un compendio, una sumatoria de estos elementos. Aprovecho la música, el ritmo, el humor, la sátira. Y todo eso caracteriza mi poesía.

## **Monica Simal:**

Y antes obviamente escribías porque te gustaba, ¿pero crees que ahora tienes una responsabilidad como escritora?

## **Gleyvis Coro Montanet:**

Completamente. A ver, todo escritor viene del engreimiento de que tiene algo tan importante que decir que merece ser publicado y leído por otra persona. Ahí, desde ese punto de partida, hay un ego súper florecido, una gran petulancia. Una autosuficiencia yo diría que muy osada: ¿por qué tú sí y tu compañero de aula no? Pero es que viene de un creérselo, de un asumirse como una nacida para publicar cosas que otros tienen que leer, o repasar o escuchar.

Y bueno, por esa línea, yo venía haciendo mi literatura desde un punto de vista más modoso, o más *naif*. Pero siempre con un objetivo social. Y esto es algo de mi formación: mi abuela me educó en la admiración de los héroes de la patria, de la independencia, de Martí, de las grandes mujeres y hombres que fundaron mi nación. Y al trabajar lo poético, no me puedo sustraer de eso; de ese objetivo, de esa admiración.

Paralelamente, el bombardeo ideológico al que fuimos sometidos nos inculcó, desde muy pequeños, la vinculación entre el ser social y el político. Y que toda expresión artística debía ser social de alguna manera —estoy hablando ya de conceptos que eran de izquierda: Bertolt Brecht, Sartre, todas las obras del realismo ruso que yo también mamé mucho en mi niñez y adolescencia—. Y como intelectual, siempre vi aparejados la creación con la necesidad de responder al momento social histórico y reflejarlo.

En contra de todo eso, yo caí en un bache producido por la censura. Porque, o escribías apologías al régimen, o te callabas; o con una metáfora oculta hablabas de la situación, pero muy veladamente, sin mencionar el nombre del mono, sin enunciaciones críticas.

Cuando había un verso que se salía un poco del tiesto te decían: “Suavízalo, Mariana, no vayas tan de frente. Sabemos lo que te pasa, pero suavízalo”. Y había que atenuarlo, si querías publicar. Yo me formo en Cuba bajo esa censura, aunque la burlé en determinadas circunstancias. Pero no por valentía, porque yo soy muy cobarde. La burlé porque el régimen entendió que cerrándolo todo se le estaba metiendo demasiada presión a la olla. Y que era mejor tener una valvulita de escape, donde el incómodo de turno publicase un libro con una tirada de doscientos ejemplares que iban a leer doscientas personas muy de su mundo, y que todo se quedaba allí, en ese límite simbólico y de consuelo.

De cara al mundo, se podía montar el paripé de una revolución aperturista que permitía la diferencia de criterios y todo lo demás. En el fondo era falso, porque tú podías escribir hasta un límite: te lo revisaban; estaba la censura institucional; la autocensura porque tú, como persona criada y educada en ese régimen sabías, más o menos, hasta dónde podías llegar y qué cosas era dinamita pura decirlas.

Cuando llego aquí [España], con esa responsabilidad social que tengo como escritora, lo primero que hago es una obra de teatro que está en Youtube, *Troya tropical*. Es una historia sobre el sistema carcelario con una serie de elementos muy contradicentes de la realidad cubana. Cubanos presos, relaciones interraciales, homoeróticas, matrimonios de conveniencia. Algo que viene de la picaresca del teatro bufo cubano; con la mulata, el gallego, el “negrito”. Era un poco ese trasvase metido en el sistema carcelario que es el país entero y las injusticias flagrantes que hay en Cuba, donde por cuestiones absurdas una persona puede ir presa veinte años. Por ejemplo: por algo tan simple como comer carne de res o matar una vaca se pasaban la vida presos en Cuba.

Entonces yo llegué aquí y empecé a ser muy libre a la hora de escribir. Ya no estaba en Cuba; estaba aquí. Y me exployé. *Troya Tropical* fue una obra que, finalmente, ilustré yo misma, le puse audio y la colgué en Youtube.

Luego escribí *Lejos de casa*, una pieza de denuncia más íntima sobre los primeros dos años, terribles, que pasé en España, sola, preguntándome todos los días qué hacía aquí y si valía la pena vivir. Preguntas así de crípticas que me hacía, agobiada por ese desgarró que es empezar de cero en un lugar donde nadie te conoce y afectada por un desamparo espiritual muy grande.

Ese es el libro de mi dolor, de mi gran dolor y de su terapia, gracias a la catarsis que me permitió escribirlo. Y que es, en sí mismo, otro ejercicio de responsabilidad al visibilizar las heridas cotidianas y sangrantes que hemos sufrido todos los que emigramos.

Luego que las aguas del exilio tomaron su nivel, me lancé de cabeza sobre un poemario con temática más moderna. Lo considero el más español de mis libros: *Mujer aparta de mi ese Smartphone*. Narra —porque mis poemas siempre cuentan una historia— lo quebradizo de las relaciones sentimentales. Su aporte social consiste en alertar, para la prevención, sobre la fragilidad del amor en estas sociedades nuestras, acribilladas por terminales telefónicos que socavan las relaciones cara a cara.

Acabado de terminar ese cuaderno —que por falta de editoriales que apreciaran mi trabajo autopubliqué, como todos, en Amazon— llegó el COVID. En aquel tiempo sobrante que me regaló el confinamiento escribí un libro muy relacionado con mis orígenes campesinos. Escribí décimas como si no hubiese un mañana. Así nació *Cien días en cuarentena*, un libro de poemas diarios, consecutivos, publicados sin revisión ni edición de estilo ni pausa en mi muro de Facebook, para hacer reír a los lectores. Un ejercicio que me prepararía para lo que sería la apoteosis de este tipo de escritura de campaña y que llegaría, con el 11 de Julio cubano, a convertirse en el poemario *Concierto mambí*.

Todas o casi todas las madrugadas posteriores a ese momento de rebelión nacional en el que toda Cuba se lanzó a la calle a protestar, escribí un poema rimado tras otro sobre lo que ocurría. Fue un irme a la guerra con la palabra, un lanzar dardos de verbos a la dictadura que nos maniata. Y refrendar,

o darle voz, a quienes necesitaban tenerla. Te repito, desde esa postura ególatra y un poco osada que tenemos los escritores de creer que podemos darle voz a alguien.

Al final salió el libro, con notas al pie y las ilustraciones tremendas de Omar Santana. Y, sí, me he sentido muy recompensada con este trabajo. Ha sido como regresar a escribir y a leer a Cuba, en un parque de mi pueblo, a través de las redes, en pleno uso de mi libertad, de toda mi libertad. Eso entraña un ejercicio de responsabilidad inmensa, que asumo con cuidado y con gusto. Tanto gusto que, desde entonces, no he podido parar de escribir en Facebook.

Hay personas que se comunican conmigo desde todos los lugares del mundo cada vez que posteo algún soneto, alguna décima, alguna romanza vinculada con el tema de Cuba. Y hay también muchos extranjeros que desconocían la realidad de mi país y han cambiado su opinión sobre lo que ocurre allí gracias a estas historias contadas en verso.

### **Sarah Downey:**

Tengo muchas más preguntas para continuar esta conversación en otra ocasión, pero ya para cerrar, ¿cuál ha sido tu mayor culpa, y si crees que la mujer al exiliarse tiende a experimentar más la culpa que el hombre? ¿Has llegado a aceptar esa culpabilidad?

### **Gleyvis Coro Montanet:**

Mira, mi principal culpa, durante todos estos años, ha sido la conciencia de haber abandonado a mi familia. Y es una culpa heredada del poderío heteropatriarcal. Yo tuve que sufrir un exilio forzado por todas estas condiciones que te contaba. Yo fui discriminada. Yo fui enjuiciada en mi centro de trabajo. Mis seres más queridos no supieron cómo gestionar aquel bochorno por mi proyección política, religiosa y mi identidad sexual. Y yo tampoco supe enfrentarlo. Por cobarde, tuve que irme. Tuve que irme o me moría, o me quedaba sin trabajo, o seguía siendo la encarnizada y la estigmatizada a donde quiera que fuese. Y hoy estaría presa o siquitrillada. Pero siempre, siempre, siempre me quedó el remordimiento de que el cuidado de mi madre enferma era una responsabilidad mía.

En *Lejos de casa* hay un poema dedicado a mi hermano que habla de esto. “Fuiste el más tenaz de los hijos de mi madre”. Es un elogio al que se quedó y enfrentó la situación y se vistió de cuidador. Mi madre murió en septiembre pasado y yo, gracias a Dios (sigo creyendo en Dios, creo mucho en Dios), estoy en paz. Pero han sido un verdadero calvario estos 14 años aquí, desde la distancia.

Recientemente, escribí algo en Facebook —no está publicado en libro todavía—. Se llama “Una larga conversación con mi madre”. Es un poema *post mortem*, donde hablo con mi madre muerta. Y en ese poema también puedes encontrar muchos indicios de toda esa culpabilidad que yo arrastro. Y de cómo, a pesar de tanto desencuentro, la fuerza inmensa de esa relación madre-hija no dejó de prevalecer. Y eso es algo que veo como una victoria.

Mi hermano lo leyó después y me dijo: “He llorado leyendo el poema que le dedicaste a mami”. Y yo le pregunto por Whatsapp: ¿Por qué? Y me responde: “Porque yo siempre traté de cerrar la brecha que se hizo entre ustedes... y este poema la cierra, cierra un ciclo”.

Estoy ahora en el duelo por mi madre. Llevo meses y acaso me tome años salir de él. No pude ir a Cuba a verla, ni a enterrarla. Mi situación política es la que es. Me he significado muy claramente en contra del régimen y tengo miedo de regresar. Pero también espero que esta herida trágica de nuestro país se cierre, aunque yo no lo vea ni la pueda cerrar con poesía.